

2022-07-15

## De los aprendizajes invisibles a los recursos impalpables

Daysi Velásquez Aponte

Universidad de La Salle, Bogotá, [dayvelasquez@unisalle.edu.co](mailto:dayvelasquez@unisalle.edu.co)

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

---

### Citación recomendada

Velásquez Aponte, D.. (2022). De los aprendizajes invisibles a los recursos impalpables. *Actualidades Pedagógicas*, (78),. doi:<https://doi.org/10.19052/ap.vol1.iss78.1>

This Editorial is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Actualidades Pedagógicas* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

## Editorial

### De los aprendizajes invisibles a los recursos impalpable

Marshal McLuhan, el visionario padre de la comunicación, sentenció en su obra *La Galaxia Gutenberg* (1972) que “[t]oda tecnología tiende a crear un nuevo mundo circundante para el hombre” (p. 11). En ese momento, sus palabras hacían referencia a la era del desarrollo electrónico y a la revolución que significó para la humanidad tal cambio de paradigma.

En el contexto actual, se podría considerar que ya estábamos *instalados* de alguna manera en la era tecnológica de Internet, en algunos países, desde los años 80 del siglo pasado. Sin embargo, la pandemia reveló que aún hay quienes están *de visita* o un poco mal acomodados en esta era, de modo que el acto de *desinstalarse* debería suceder, como lo hemos visto, de manera veloz y casi imperceptible.

Ahora bien, en el ámbito educativo, durante décadas, el currículo estableció como uno de sus ejes articuladores la evaluación de los aprendizajes: la *evaluación auténtica* que estudian Santos Guerra (1993), Conde Marín (2000), Monereo (2009) y otros. Este tipo de evaluación se fue acartonando; los sistemas de calidad fueron encasillando cada vez más la evaluación de los aprendizajes, en una rúbrica con indicadores que se pueden cuantificar o cualificar para cifrar el resultado más que el proceso, el producto más que el aprendizaje. Por consiguiente, los estudiantes de todos los niveles se han vuelto expertos en resolver cuestionarios para cumplir con los estándares internacionales, de los que se sigue dependiendo para obtener recursos en ese círculo vicioso con la trinidad económica (BID, FMI, BM), por la que se endeuda la soberanía, para dar cuenta de una educación *de calidad* en nuestros países.

Sentada esta base, consideremos pues que la lógica evaluativa ha hecho que hace más de una década varios autores, entre ellos Cristóbal Cobo

---

<sup>1</sup> Cómo citar: Vásquez Aponte, D. (2021). De los aprendizajes invisibles a los recursos impalpables. *Actualidades Pedagógicas*, (78), e0002. <https://doi.org/10.19052/ap.vol1.iss78.1>

y John Moravec (2011), hayan propuesto que los aprendizajes invisibles, aquellos que la educación formal no puede cuantificar o calificar, y de los que hoy se puede reconocer su absoluta presencia en medio de la pandemia, sean quizás unas de las experiencias más enriquecedoras de este tiempo.

Al decir de Cobo, esos aprendizajes invisibles sirvieron para formarnos en el uso de Internet; hacia la adaptación a la globalización y, sobre todo, a la incertidumbre —en medio de esta persistente pandemia lo constatamos—, valiéndonos de principios tales como el cómo aprender para toda la vida, cómo fomentar la creatividad, cómo ser flexibles en el proceso de aprendizaje y cómo fundamentalmente aprender haciendo, o constatar la aplicabilidad de lo que aprendemos.

El enunciado clave de estos autores, “el aprendizaje ocurre mientras estamos haciendo otra cosa” (Cobo & John Moravec, 2011, p. 37), corresponde a una nueva ecología de aprendizaje y de oportunidades sociales que se sustentan en la observación, el boca-boca y el ensayo-error, entre otros.

En este ecosistema, podrían establecerse relaciones entre los aprendizajes de contenidos que se evidencian en el aula, y los aprendizajes más abrumadores de esta época, que llevaron a los estudiantes a ser hábiles en el desarrollo de competencias digitales, con lo cual rápidamente desbordaron a los profesores. Aprendieron de los entornos virtuales cómo sacar provecho para poder tener tiempo de socializar, compartir, producir contenidos y jugar; trasladaron estrategias de los videojuegos a las aulas de clase; propusieron actividades, plataformas, roles de los que aún hoy, quizás, algunos seguimos aprendiendo. Y sus habilidades sociales también se modificaron; varios de los ausentes y callados estudiantes se abrieron ante la posibilidad de dar cuenta de lo que saben, al ver la flexibilidad de sus docentes. De ese modo, el avance en los aprendizajes de las habilidades blandas empezó a tener un lugar importante, pues toda la educación se tuvo que transformar, aunque aún nos falten avances en la formación inter y transdisciplinar, y en varios asuntos transversales como la resolución pacífica de conflictos.

Hay que insistir en la aplicabilidad de los conocimientos; lograr ver que los aprendizajes son aplicables, tal como Cecilia Bixio lo menciona en sus trabajos: aspectos que motivan a aprender más y mejor. Aquello lo constatamos cuando entre pares resolvemos dudas durante los cursos virtuales, así como cuando compartimos estrategias, aplicaciones, consejos. Ensayamos lo que considerábamos que funcionaba, y nos equivocamos, y volvimos a intentarlo. Esta época movió el lugar de la enseñanza aislada, a un aprendizaje

colectivo, que no se evidencia en las pruebas Saber, y que generó una comunidad de aprendizajes invisibles con habilidades personales, sociales y tecnológicas, algo más amplias.

Pero, a pesar de todas estas maravillas, no se puede negar que en Latinoamérica hay una deuda histórica que tiene múltiples aristas. El estimado de la pobreza en los aprendizajes, como lo menciona el Banco Mundial en su circular del 29 de octubre (2020), aumentó en 17 puntos, especialmente en los países de ingreso bajo y mediano, en los que el porcentaje llega al 70 %. Por consiguiente, se temen las afectaciones a largo plazo en las condiciones económicas y sociales de esta generación, especialmente de las mujeres.

Esta pobreza en los aprendizajes, que se profundizó con el cierre de las escuelas (por lo cual muchos niños tampoco recibieron un mínimo de alimentación), alcanza los niveles de educación superior, sabida cuenta de las falencias en lo que se considera la enseñanza centrada en lo evidente y palpable, pero no en la del mundo de las ideas, el mundo de cómo se produce el conocimiento. En eso, parece que, en lugar de avanzar, se retrocede, pues este modelo es aparentemente más transmisionista que los más *tradicionales*, tan criticados en los seminarios de didáctica.

Las escasas y superficiales miradas del modelo transmisionista, y la pobreza de los aprendizajes, tienen que llamar la atención. ¿Es quizás el modelo virtual, a distancia, asistido por tecnologías, híbrido, el modelo más pertinente en contextos particularmente excluyentes en la región? La falta de acceso a conectividad, los problemas de fluido eléctrico, el alcance y la calidad de los datos y, ¿por qué no decirlo también?, la voluntad propia, no deberían ser el obstáculo de los aprendizajes auténticos e invisibles, pero en realidad lo son. Los aprendizajes individuales basados en el interés y la pasión con posibilidad de desarrollo, son también aprendizajes consolidados en la escucha del otro; en esas habilidades necesarias para la subsistencia de lo profundamente humano que venía haciendo presencia algo tímida en distintas modalidades y niveles, en los que las formas de aprender se consolidan con el diálogo, el reconocimiento, la participación ahora en estos no-lugares. Aquello se daría con las conversaciones a deshora que permiten la reflexión sobre la experiencia y, si se puede valorar el proceso, sería bueno considerar y acompañar esos otros escenarios, más que evaluar lo eficiente y eficaz de ellos; pero no solo en la escuela o la universidad. Este es un claro llamado a la familia, a la empresa, a la institucionalidad, a las otras dimensiones que nos configuran como sujetos de una cultura y “pertenecientes a una sociedad”.

## Recursos impalpables

Retomando las palabras de McLuhan, la pandemia nos empuja a la incertidumbre de terrenos desconocidos en los que “nos transforman las herramientas que formamos”. Es posible comprender hoy que la humanidad ha transitado desde los mundos narrativos de la oralidad y el mundo de las ideas, pasando por la escritura, al mundo de las herramientas, las interfaces, las *apps*, los gadgets. Sin embargo, este no-lugar / no-tiempo, que se contraponen con la realidad contextual, implica varias transformaciones palpables e impalpables.

Una primera a señalar es la vasta inversión de las instituciones para robustecer su infraestructura tecnológica, y llevar los aprendizajes a esas otras instancias, que exigen su uso metodológicamente inteligente; aprendizajes que son más retadores, y motivan a ampliar lo ya avanzado en los modelos de la Autom University en Inglaterra, la UNED de España, la UOC en Cataluña, el Instituto Tecnológico de Monterrey en México, y la UNAD en Colombia: instituciones que son pioneras robustamente, de lo que apenas algunos alcanzaron a vislumbrar.

4 ■ Una segunda transformación es la del aula, que tantas veces requirió abrir sus fronteras, eliminar las cuatro paredes del colegio o la universidad, y que hoy tiene cientos de muros, sonidos, colores, sentires. Se trata de contextos donde los materiales, los contenidos, los contenedores, se han transformado.

Quizás sea nostálgico el recuerdo de las guías codificadas que se copiaban en algún lugar para que los estudiantes pudieran tener acceso a ciertos materiales de estudio considerados como necesarios. Hoy, son impalpables, digitales, sonoros, visuales, audiovisuales, animados, gamificados; en formatos breves como lo manda la cultura Snack que Carlos Scolari (2020) describe. Se transformaron las aulas de cátedra en talleres de actividades, en laboratorios, en espacios de creación, dando cuenta de lo impalpable que hay dentro de los sujetos, las experiencias, las rutas y trayectorias de apropiación del conocimiento, con lo cual seguramente hoy es posible hablar de nuevas formas de enseñar.

Entonces, los recursos impalpables, ya no la tiza, el marcador, el table-ro, las fotocopias, el proyector, etc., sino los sujetos, toman posición en el escenario. De tal modo, lo impalpable de la virtualidad implica la reorganización de la vida imaginativa desde una perspectiva comunicativa, en la que se construyen conjuntamente significados, sentidos.

Los contenidos que ahora no solamente riñen, sino que se dan en paralelo entre la triada de las *culturas mediática, virtual y digital*, configuran otro tipo de conocimientos que se hacen aplicables hoy, y que fundamentan los aprendizajes invisibles necesarios para esa época, que no somos capaces de imaginar. Los núcleos problémicos se van desalineando lentamente (en algunos casos demasiado lento) de las disciplinas que los sustentan, de modo que aparecen núcleos integradores con los cuales aprender a innovar.

El maestro Daniel Prieto Castillo, cuando habla de “educar desde el corazón y la piel, hacia afuera, menciona que somos los seres que nos rodean, los espacios, los objetos, la historia familiar, los recuerdos, las experiencias personales, y grupales, los sueños, las decepciones, las expectativas” (1999, p. 32). Abrir los micrófonos, las cámaras, mostrar los contextos (con los debidos derechos a la privacidad que se usaron de talanquera en lo escolar, pero no en las redes sociales), facilitó que conociéramos ambientes, necesidades, habilidades, historias, familias, contextos, y sueños que el aula de cuatro paredes ocultaba o amañaba para la tranquila labor docente.

Los roles cambiaron, las relaciones entre actividades, contenidos, materiales, se extendieron para empoderar el aprendizaje autogestionado y/o autoregulado, en procesos de metacognición; reflexión pedagógica que lleva al uso y apropiación de la tecnología, y al reconocimiento de una u otra educación que sorprende cada día.

Pero, de nuevo, no solo la pobreza crónica agudizada por la pandemia limita estas experiencias que pueden considerarse como aisladas en varias latitudes del planeta. También domina el miedo al cambio; la incertidumbre de lo desconocido dificulta el reconocimiento de aprendizajes invisibles, y los recursos impalpables. Acostumbrados a sostener objetos, ostentar un ropaje, representar y representarse mediante lo palpable, el proceso conlleva la dificultad de significar, o, mejor, resignificar las subjetividades en el ámbito cultural, social y educativo.

Quizás se puede aludir a las propuestas que cada día toman más fuerza sobre los títulos y saberes con fechas de vencimiento. Karl Fish, quien sostiene que las universidades forman para trabajos que aún no existen, y abogan por certificar competencias, estudios cortos, como los ofertados por el creciente mercado de los *Moocs* y los cursos virtuales sobre asuntos puntuales, señala que estos implican una flexibilidad que debe pasar del discurso a la acción, y no solo en el nivel institucional. Aquello requerirá propuestas que, enmarcadas en la rigurosidad, asuman retos transversales, desarrollo

de otras nuevas habilidades, y competencias que nos lleven más allá de la participación en retos virtuales y los proyectos de aula que tomaron auge en estos meses.

En ese contexto, los recursos impalpables no resultan pues de su invisibilidad por la virtualización, sino en la potencia humana que superponen. Se habla así de estos procesos activos que hemos construido a partir de la tecnología, y que nos debieran transformar en más humanos, y no en meros instrumentos útiles de la objetualidad de moda. Con estas líneas quisiera dejar abierta la conversación sobre estos posibles futuros utópicos y distópicos que se van reescribiendo, así, en presente continuo:

Una vez que hayamos supeditado nuestros sentidos y sistemas nerviosos a la manipulación privada de quienes intentarán beneficiarse a través de nuestros ojos, oídos e impulsos, no nos quedará ningún derecho. (McLuhan, 1972)

## Referencias

- 6 ■ Cobo, C., & Moravec, J. W. (2011). *Aprendizaje invisible. Hacia una nueva ecología de la educación. Colección Transmedia XXI*. Laboratorio de Mitjans Interactius / Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.
- Condemarín, M., & Medina, A. (2000). *Evaluación de los aprendizajes. Un medio para mejorar las competencias lingüísticas y comunicativas*. División de Educación General - Ministerio de Educación de la República de Chile.
- McLuhan, M. (1972). *La Galaxia Gutenberg*. Círculo de Lectores.
- Monereo, C., Castelló, M., & Gómez, I. (2009). La evaluación como herramienta de cambio educativo: evaluar las evaluaciones. En C. Monereo (coord.), *Pisa como excusa. Repensar la evaluación para cambiar la enseñanza* (pp. 1-21). GRAÓ.
- Prieto-Castillo, D. (1999). *La comunicación en la educación*. La Crujía.
- Santos Guerra, M. Á. (1993). La evaluación: un proceso de diálogo, comprensión y mejora. *Revista Investigación en la Escuela*, (20), 23-35. <https://doi.org/10.12795/IE.1993.i20.02>
- Scolari, C. (2020). *Cultura snack*. La Marca.

Daysi Velásquez Aponte  
<https://orcid.org/0000-0002-6790-4798>  
Editora